



ESCUELA DE LA
palabra

HOJA PARA LA LECTURA ORANTE DEL

Evangelio

Mt 1,18-25

La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo. Su marido José, como era justo y no quería ponerla en evidencia, resolvió repudiarla en secreto. Así lo tenía planeado, cuando el Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo:

«José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo, y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados.»

Todo esto sucedió para que se cumpliese el oráculo del Señor por medio del profeta: Ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel, que traducido significa: «Dios con nosotros.»

Despertado José del sueño, hizo como el Ángel del Señor le había mandado, y tomó consigo a su mujer. Y no la conocía hasta que ella dio a luz un hijo, y le puso por nombre Jesús.

CUARTO DOMINGO
adviento

A



Bisbat de Mallorca

LECTURA

Tal y como ya hemos dicho, podemos leer los evangelios de los cuatro domingos de Adviento siguiendo un mismo hilo conductor que los une: se trata de otras tantas experiencias del triunfo del Amor en situaciones absurdas, al menos, difíciles para los sujetos que las padecen.

En el presente texto nos acercamos al núcleo de la propia familia de Jesús, y los afectados son ni más ni menos que su padre y su madre. Mateo inserta la perícopa en el largo prólogo a su libro entero, constituido por los evangelios de la infancia. El objetivo principal es mostrar y demostrar que Jesús es el Hijo del Dios-Amor, el Dios de la Promesa y de la Alianza, por tanto y por este motivo, su Mesías, el Liberador de la humanidad entera. Hemos dicho que Adviento es tiempo de preparación y de profundización de la actitud fundamental del cristiano ante la historia: la esperanza. Podríamos decir que es la misma actitud que Mateo quería reforzar entre los cristianos de su comunidad. Y la esperanza más que cualquier otra virtud necesita ser sólidamente fundamentada: necesita poder ser vivida más allá del buen funcionamiento de las cosas.

Cuando la vida se tuerce, cuando nos vemos inmersos en la tribulación o el horror se apodera de nuestro horizonte existencial, entonces es cuando demuestra la esperanza su verdad. De la misma manera que la caridad se verifica por la gratuidad de la acción en favor del otro y la fe por la capacidad de «creer lo que no vemos», es decir, de dar lugar a la certeza más que a la evidencia, la esperanza encuentra su momento de verificación en el futuro que abre la fidelidad. Fidelidad arraigada en la fe y desplegada por la caridad, ciertamente.

Recordemos las palabras del poeta Charles Péguy, que nosotros parafrasearemos: la fe es una inmensa catedral gótica; la cari-

dad, un enorme hospital; la esperanza, una pequeña semilla que el labrador besa antes de sembrar y depositar en el surco donde el agua del dolor la fecundará y la convertirá en árbol frondoso, repleto del trinar de los pájaros que irán a anidar en él.

El texto de hoy nos muestra el conflicto nada teórico y dramático de un hombre bueno; el conflicto entre la voluntad de ser justo (es un buen israelita y le preocupa tener a Dios a su favor: también en beneficio de su familia) y el amor que siente por su joven esposa, María, de la que se halla extrañamente enamorado. Conflicto: no está nada clara la alternativa. Una, sin embargo, parece la más clara, la más normal y la más exigible para una persona que vive seriamente la vida: hay que cumplir lo que hay que cumplir. Sin fijarse en el posible dolor que de ahí se desprenda. La otra..., ¿no hay demasiados antecedentes! ¡Dónde se ha visto que el amor de enamoramiento sea más decisivo e importante que la Ley!

No obstante, José ha oído leer a Oseas en la Sinagoga..., y el Cantar de los Cantares..., pero..., pero él es tan poco importante ante Dios –así lo piensa él– para poder remontarse a referentes semejantes..., duda..., vuelve a dudar..., y permanece en la duda..., decide según le marca la tradición, la teología, las buenas costumbres..., gracias a Dios no tiene prisa: espera. Y la espera se hace esperanza: llega el sueño. Eso sí que lo sabe José: Dios suele comunicarse con quien quiere y suele hacerlo mediante los sueños. Sobre todo, los que se sueñan despiertos, porque forman parte de nuestra conciencia más profunda.

Nosotros, hoy, a los sueños que aparecen en la Biblia, les llamaríamos intuiciones, que son la forma de comunicación



de alma a alma; el contacto del ser más profundo con la realidad más real. Dios tiene una presencia especial en este momento. Y nos dice cosas que solo nosotros podemos acabar de entender, porque nos afectan en lo más sensible.

José tiene un sueño de estos. Interesante en su estructura: le recuerda que el miedo es siempre un mal compañero, no es de fiar; luego le recuerda que conviene introducir en los análisis un elemento de novedad que a menudo olvidamos: el Espíritu; que quiere decir la libertad por encima de la norma; la ternura más allá del precepto; la verdad sobre la opinión, por respetable que sea; después le comunica sucintamente lo único que puede desbloquearle en su voluntad de ser fiel a Dios: la libertad de Dios; lo que está a punto de pasar, nace de la voluntad salvadora del Dios de Israel y en unas proporciones desconocidas hasta entonces..., por ello no le da más explicaciones; sin embargo, ¡José no puede entender más allá de lo que puede entender! La referencia bíblica es el punto de contacto entre el pasado y el presente y aporta una nueva lección: ¡hay que aprender a ver las cosas con la óptica de la Revelación!

Y José reacciona. Y reacciona contento. Un ejemplo más de resurrección. Que en este texto acaba con una afirmación de profundidades insospechadas: la fidelidad de José, junto con la de María –que ha tenido también su momento de «anunciación»– provoca una situación inédita en el mundo y en la historia: Dios ya no es el Dios de los Cielos, solamente; ¡a partir de ahora es el Dios-con-nosotros! ¡Y eso sí que es una buena noticia! Procuraremos hacerla nuestra.

CONTEMPLACIÓN

Hacemos el esfuerzo de situarnos en el horizonte que ha establecido el texto: buscamos en nuestros sueños –nuestras intuiciones– otros tantos puntos de contacto entre Dios y nosotros. Repasamos nuestra vida. Nos damos cuenta de tantas veces que Dios ha intervenido en ella: nos ha enviado a un ángel (a una persona que nos ha dado la mano y nos ha abierto su corazón cuando la necesitábamos); nos ha hecho ver algo que nos ha parecido evidente pero que no habíamos percibido antes (suele pasar a menudo en la oración, que parece que esta palabra se diga hoy solo para mí); se ha servido de una homilía, de una lectura, de una charla..., para entrar un poco más dentro de nuestra mente y nuestro corazón..., y ahora nos encontramos donde nos encontramos. Se lo agradecemos.

Repasamos los nombres de las personas que han sido significativas para nuestra fe..., volvemos a mirar sus rostros y convertimos en plegaria esta memoria.

Dedicamos el rato de nuestra contemplación a la triple conciencia que San Agustín deseaba como contenido de la oración cristiana: la confesión/reconocimiento de tantas cosas que tenemos por agradecer; la confesión/reconocimiento del amor en nosotros y para nosotros; la confesión/reconocimiento de la propia limitación que nos hace errar y pecar.



ORACIÓN



Un lector lee muy poco a poco el salmo 41 («Como la cierva...») y el grupo lo escucha en silencio y responde con la oración sálmica.

Para terminar, puede repetirse:
«¡Nos has hecho, Señor, para Ti; y nuestro corazón
permanece intranquilo hasta que reposa en Ti!»

Después y para acabar, nada mejor que rezar una avemaría.

